Fe, amor, humildad y paciencia: El camino al crecimiento espiritual // Miguel Diez RETIRO DAVID 2026

La naturaleza del crecimiento espiritual

El crecimiento espiritual es un proceso que no tiene un límite definido. A diferencia del crecimiento físico, que llega a una determinada etapa, el crecimiento espiritual continúa hasta alcanzar la graduación celestial y la corona en la enseñanza de Jesús. Dios ha provisto los medios físicos, psíquicos, emocionales y espirituales necesarios para que las personas puedan superar las pruebas de la vida.

La diferencia en el crecimiento espiritual entre unas personas y otras depende de la actitud y la voluntad que cada individuo pone en su propio desarrollo. El propósito es crecer en sabiduría, en conocimiento de Dios y en la naturaleza divina, desarrollando los dones y frutos del Espíritu Santo.

La fe como fundamento de la vida cristiana

La fe es presentada como el primer don fundamental y el comienzo de la conversión. Es necesaria para agradar a Dios y surge mediante la predicación del evangelio. Al escuchar la palabra de Dios, la persona desarrolla confianza en Jesucristo y en su mensaje.

Después de la fe se manifiestan el amor y la misericordia de

Dios, al comprender que entregó a su hijo Jesucristo como sacrificio para liberar a la humanidad de la condenación y del pecado. La búsqueda constante de la palabra de Dios permite recibir sus enseñanzas y verdades eternas, fortaleciendo la fe por medio del Espíritu Santo.

Abraham es presentado como el padre de la fe por su obediencia al llamado de Dios. Abandonó su hogar y su negocio de fabricación de ídolos sin conocer cuál sería su destino. Vivir por fe significa confiar en que Dios es el hacedor de imposibles y descansar en la certeza de que Él no tiene límites.

Esta confianza también se manifestó cuando Abraham creyó en la promesa de Dios de darle un hijo a pesar de la esterilidad de su esposa y de la avanzada edad de ambos. De esta manera nació Isaac, descendiente a través del cual se formaría un pueblo.

Obediencia y paternidad espiritual

La obediencia ocupa un lugar fundamental en el crecimiento espiritual. El sacrificio de Isaac solicitado a Abraham representa un acto de obediencia absoluta que no fue cuestionado por él. Su disposición a entregar a su hijo en el monte Moriah fue presentada como una manifestación de una fe verdadera.

Dios detuvo a Abraham porque reconoció que no le negaba nada de lo que le pedía. Este episodio constituye un ejemplo de fe genuina y de una obediencia que surge de reconocer la grandeza y omnipotencia de Dios.

La presentación de los niños ante Dios en las iglesias también se relaciona con el reconocimiento de Dios como el único Padre perfecto. Los padres biológicos son considerados representantes putativos de la paternidad de Dios, por lo que la instrucción de no llamar padre a nadie en la tierra no se interpreta como una prohibición de llamar papá a los padres

biológicos.

La importancia de la vigilancia y la palabra

Ignorar la palabra de Dios cuando toca el corazón significa negarle aquello que pide. Esta actitud puede provocar que la fe no crezca o incluso disminuya. Por eso, el crecimiento espiritual requiere prestar atención a la palabra y responder a ella.

La fe permite participar de la omnipotencia de Dios. Jesús enseñó que incluso una fe pequeña, comparada con un grano de mostaza, tiene poder para mover montañas. También se exhorta a cultivar hambre y sed de Dios y de su palabra mediante el tiempo dedicado a la oración y a la lectura de las enseñanzas de Cristo.

El tiempo dedicado a actividades triviales o a contenidos vacíos en las redes sociales puede impedir el crecimiento espiritual y favorecer el crecimiento carnal, salvo cuando estos medios son utilizados para evangelizar o con fines positivos.

La pérdida de visión en el contexto ministerial se relaciona con una pérdida de fe que necesita ser restaurada mediante el colirio divino proporcionado por el Espíritu Santo. Este, a su vez, otorga diariamente una visión celestial del reino de Dios y de su justicia, necesaria para la renovación y el crecimiento espiritual.

El amor de Dios frente al egoísmo humano

El conocimiento de Dios comienza a través de la fe. La relación con Él se describe como un cordón umbilical mediante

el cual Dios nutre a las personas con sus frutos, sus dones y su propia naturaleza.

El amor de Dios se diferencia de los sentimientos humanos que pueden conducir a romances sentimentales, carnales, emocionales o sexuales que despiertan la concupiscencia del hombre viejo. El humanismo carnal puede confundirse con el amor, mientras que el amor de Dios se caracteriza por ser puro y santo.

Sin el amor de Dios, el ser humano permanece condicionado por el egoísmo y sus acciones pueden estar motivadas por la satisfacción de sus propios deseos. La liberación de ese egoísmo se presenta como posible mediante el amor de Cristo, que produce un temor reverencial hacia Dios y el deseo de no ofender al amado.

El enamoramiento divino es presentado como una experiencia pura y sublime, en contraste con las consecuencias del enamoramiento carnal. El amor de Dios busca que las personas no se pierdan y refleja un profundo deseo de restauración.

La autovigilancia y la superación de tentaciones

El respeto a Dios es considerado el principio de la sabiduría y un elemento fundamental para crecer espiritualmente. Ser hijo de Dios no significa quedar libre de tentaciones, sino enfrentarlas como oportunidades para crecer al vencerlas.

Jesús enseñó a velar y orar para no caer en tentación. Velar significa principalmente vigilarse a uno mismo, conocerse y corregirse, en lugar de concentrarse constantemente en los errores de los demás.

Reconocer las propias debilidades permite fortalecerse mediante la fe en quien venció al pecado, a la muerte y al mundo. Incluso quienes poseen una conciencia afinada y

rechazan el pecado pueden cometer errores por falta de atención.

Ningún fallo debe considerarse insignificante. Los errores pequeños pueden convertirse en problemas graves en el corazón, del mismo modo que un poco de levadura puede leudar toda la masa. Por ello, la austeridad, la prudencia y la vigilancia espiritual son necesarias, especialmente durante la juventud.

El arrepentimiento y la práctica del perdón

El arrepentimiento, entendido como una metanoia o cambio de mente, de manera de pensar y de desear, debe convertirse en una práctica espiritual diaria. Se plantea como una acción vital que los santos realizan cotidianamente.

Después del arrepentimiento es necesario pedir perdón a Dios y a las personas que hayan sido ofendidas. Esta práctica ayuda a evitar que el error se repita y se convierta en un hábito negativo.

Pedir perdón requiere humillación, algo que el ser humano suele evitar debido al orgullo y al deseo de recibir reconocimiento y aplausos. La tendencia a ofender a los demás, especialmente mediante la lengua, es presentada como una realidad humana que solo el Espíritu Santo puede controlar.

El crecimiento espiritual no puede separarse de la práctica de pedir perdón y perdonar a los demás. La disposición a reconocer los errores y buscar reconciliación forma parte del proceso de transformación espiritual.

La oración y la comunión con Dios

La oración debe basarse en la fe y el amor, reconociendo la posición de Dios como omnipotente, omnisciente y omnipresente

frente a la pequeñez humana. El Padre Nuestro se presenta como un modelo para comprender el espíritu de la oración, y no como una repetición mecánica.

Una parte fundamental del Padre Nuestro es el perdón hacia los deudores. Por ello, la oración invita a examinar personalmente a quiénes no se ha perdonado. Los conflictos familiares, como la falta de perdón hacia padres o hermanos por rebeldía o celos, pueden convertirse en obstáculos para la vida espiritual.

La historia de José muestra que la envidia puede surgir incluso hacia una persona que posee una gracia especial de Dios. Aunque no todos están llamados a ser apóstoles o profetas, todos pueden cultivar un profundo anhelo de comunión, amistad y una relación verdadera con Dios.

El perdón hacia quienes han ofendido es presentado como un requisito indispensable para recibir el perdón de Dios. Por eso, la oración y la comunión con Dios están estrechamente relacionadas con la capacidad de perdonar.

Virtudes cristianas y paciencia en la prueba

El crecimiento espiritual requiere fe, amor, temor y respeto hacia Dios, junto con la práctica constante de velar, orar y vivir en arrepentimiento. La humildad es descrita como la madre de todas las virtudes y se aprende mediante la humillación de pedir perdón.

Jesús enseñó que ser manso y humilde de corazón conduce a encontrar descanso para el alma. La humildad, por tanto, forma parte esencial de un crecimiento que no busca únicamente resultados externos, sino una transformación interior.

La impaciencia es presentada como una característica común en la juventud y en quienes carecen de la presencia del Espíritu

Santo, manifestándose en el deseo de obtener resultados inmediatos. Las pruebas también pueden servir para aprender paciencia y perseverancia.

La paciencia es definida como la ciencia de la paz y resulta fundamental para perseverar, evitando que las personas abandonen su camino espiritual por impaciencia. Las bendiciones de Dios tampoco deben confundirse con éxitos mundanos, aplausos o satisfacciones del ego, sino con la transformación a su imagen y el crecimiento espiritual.

Pedir a Dios crecimiento espiritual

Las virtudes espirituales, como la fe, la sabiduría, el amor y la vigilancia, pueden solicitarse directamente a Dios. Crecer en amor significa también desarrollar un mayor respeto hacia Dios y hacia el prójimo, especialmente hacia los familiares.

La vigilancia espiritual es presentada como un colirio divino que ayuda a evitar las trampas del maligno. Por ello, se exhorta a los creyentes a pedir activamente a Dios el fortalecimiento de estas virtudes para evitar el estancamiento espiritual.

La petición final se centra en recibir crecimiento y en tener tanto el deseo como la capacidad de actuar conforme a la voluntad perfecta de Dios. También se pide una bendición especial para los jóvenes y protección frente a las estrategias malignas que puedan enfrentar.

El escudo de la fe es presentado como el medio para detener los dardos de fuego y las mentiras provenientes del maligno. Finalmente, se pide que los jóvenes sean llenados de amor divino para experimentar gozo de manera constante, concluyendo con una petición de bendición en el nombre de Jesús.